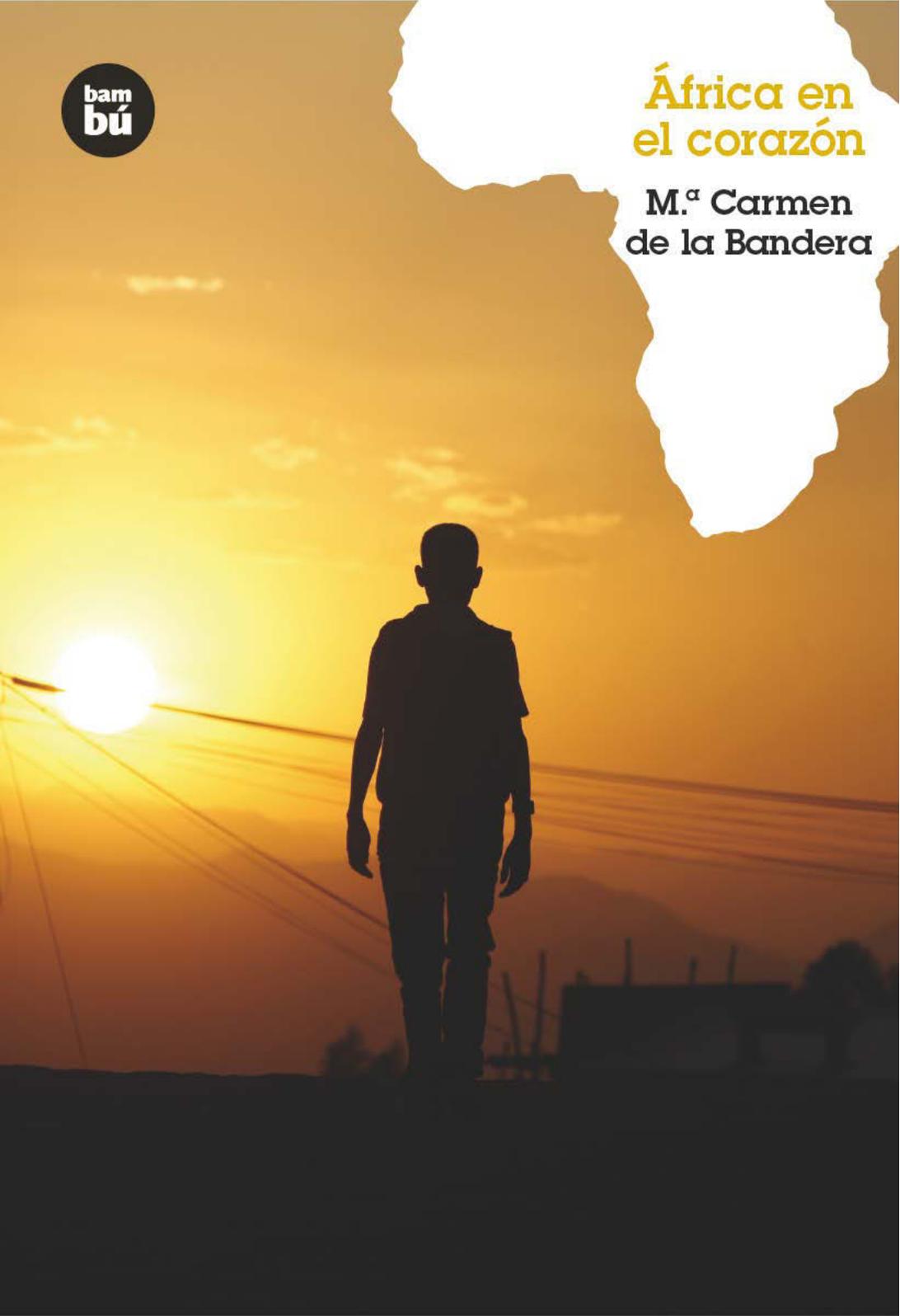




África en el corazón

M.^a Carmen de la Bandera



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2004, M.^a Carmen de la Bandera

© 2004, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Diseño de la cubierta: Estudio Miquel Puig

Décima edición: abril de 2013

Tercera edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-143-6

Depósito legal: M-753-2011

Printed in Spain

Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Al lector	11
------------------------	----

Primera parte

1. El entierro	15
2. Mi padre y mi madre	20
3. La despedida y el viaje	25
4. Los fulani y el brujo de la lluvia	30
5. La huida	34
6. La circuncisión	39
7. Adiós, abuelo	46

Segunda parte

1. Me marcho	53
2. Buscadores de oro	57
3. Hasta pronto, Juan	65
4. Mi amigo Hubert	70

5. Makumba y el viaje	74
6. Niños soldados	79
7. ¿Por qué Makumba?	86
8. La cobra y la despedida	93
9. Dora	100
10. El viaje	106
11. Tánger	110
12. Quemando el Estrecho	115
13. Una nueva familia	120
14. Nuevo intento	126

Tercera parte

1. España	133
2. Madrid	138
3. El centro de acogida	142
4. Otra vez en la calle	147
5. Juan	152

Epílogo	158
----------------	-----

Nota de la autora	161
-------------------	-----

Al lector

Me llamo Diko, como mi abuelo. Mi padre se llama Kaunda, y mi madre se llamaba Ibinga. Nunca llegué a conocerla; murió cuando yo nací. Fue en una pequeña aldea de Camerún, pero no me preguntes cuándo porque nadie me lo ha dicho nunca, así que no puedo decir con seguridad la edad que tengo. Calculo que ando por los dieciséis. Pocos años para unos recuerdos tan amargos e incluso vergonzosos. Sé que te sorprenderá que hable así, pero cuando conozcas mi historia lo entenderás. Solo entonces, podrás juzgarme.



1. El entierro

Una lechuza salió de entre las matas para despedir a la noche; pronto se perdió para esconderse y esperar de nuevo a las tinieblas. A mi abuelo no le gustaba que abandonase el poblado tan temprano, pero a mí me agradaba ver cómo el sol se adueñaba de los campos y cómo los pájaros montaban su jolgorio particular de buena mañana. Blandiendo un tallo de mijo arrancado de cualquier sembrado, marchaba hacia el río que, en aquel momento, era más bien un pequeño riachuelo. Antes de llegar a las colinas me gustaba refrescarme los pies cansados y polvorientos del camino. Era una mañana como todas, pero me llamó la atención el vuelo pausado de un águila; iba lenta, como si la carga que llevaba entre sus garras le pesara más de la cuenta. Cuando llegó a mi altura, soltó una liebre. Tuve miedo; un animal muerto en medio del camino es un mal augurio.

Siguiendo la costumbre, trepé por una pendiente para contemplar desde lo alto mi aldea: Kongle, tierra de dowayos, pero de los dowayos del llano, que son mucho más civilizados y menos brutos que los dowayos de la sierra. Me gustaba ver el despertar de mi gente: la plaza, todavía vacía; los campos de mijo, que ya contaban con el trabajo de los más madrugadores; el ganado, aún soñoliento, y las matas de melones trepadores que ponían una nota de color sobre las techumbres de las chozas.

Estaba intentando atrapar una lagartija para mi colección, cuando unos sones lejanos me distrajerón. Dejé escapar al bicho y me concentré en aquel sonido. No cabía duda; era el tambor de los muertos. Lo conocía bien, se tocaba solo cuando había algún fallecimiento. A pesar de que entraba dentro de nuestras más arraigadas costumbres, su tético sonar me producía escalofríos, y huía lejos, lejos, hasta que me envolvía el silencio del campo. Siempre hacía lo mismo, no lo podía evitar. A la mayoría de mis amigos les ocurría igual, pero a mi abuelo no le gustaba mi forma de proceder porque decía que así nunca me haría un hombre.

Pensé en mi mejor amigo, Massandé; llevaba unos días enfermo. Hacía una semana que su padre había conseguido, de los curanderos de la ciudad, unas medicinas que, sin duda, eran el mejor remedio. Escuché decir que los ojos de hiena que pusieron bajo su almohada, acabarían haciendo el milagro de la curación. Aunque me tenían prohibido acercarme a su cabaña para que no se me pegase el mal, recordé que, la noche anterior, los mayores entraban a la vivienda y salían con cara de preocupación.



Venciendo el miedo, busqué un montículo donde pudiese ver y oír.

En efecto, el ritmo aumentaba con creciente intensidad; dos hombres, cada uno con un voluminoso tamtan, recubierto con la piel de un toro sacrificado, sacaban al instrumento sonidos de muerte con las palmas de sus manos. Aunque me quedaba la esperanza de que el difunto fuese cualquier otra persona, poco tuve que esperar para que mis temores se confirmaran: el padre de mi amigo salió de la morada gritando y lamentándose de forma desesperada. De piedra en piedra rodaba por el suelo. El polvo y el sudor formaban sobre su cuerpo un manto de luto. Todavía permanecí un rato inmovilizado por el dolor. No me atrevía a emprender el camino de regreso. Sentía la pérdida del amigo, pero también me aterraban todos los ritos funerarios que se avecinaban. Sabía que durante semanas sentiría martillos en el cerebro recordando los cánticos y los sonos de muerte.

Por fin llegué hasta el poblado. Ya se había formado el coro de plañideras que cantaban y bailaban al son del tamtan, recriminando a los dioses porque se habían llevado a una criatura maravillosa.

Venciendo el pánico, me asomé a la vivienda: allí estaba Massandé; yacía de costado, el brazo apretado al cuerpo. Junto a la cabeza, el viático¹: dos escudillas, una de mijo y otra de judías. A su lado, la madre, en cuclillas, emitía unos alaridos que partían el alma. La abuela acompañaba los gri-

1. Provisión (en especie o en dinero) de lo necesario para el sustento de quien hace un viaje; en este caso, el viaje al más allá de Massandé.

tos a la vez que, enloquecida, salía y entraba de la vivienda. Yo me acomodé en un rincón; quería estar con mi amigo. Posiblemente nos viésemos en la otra vida, pero para eso aún quedaba mucho tiempo.

Algunos parientes ya habían ido en busca del herrero que residía a unos kilómetros. Hasta el día siguiente no apareció y, mientras tanto, el ritual de música y alaridos no cesó, cada vez con más público y más parientes que acudían al enterarse de la noticia.

Cuando llegó el herrero, lo primero que hizo fue coger una cabra que la familia había preparado. Arrodillado, se la presentó al niño muerto. Después, salió con el animal y, buscando un sitio donde estuviese libre de las miradas de todos, lo degolló; la carne la colgó de un árbol y la piel la extendió cortando unas tiras que le servirían de cabos para atar.

Antes de entrar para recoger el cadáver, colocó un hacha y una azada cerca de las rocas dónde debía ser enterrado. Entró con la piel de la cabra y echó a todas las mujeres. Yo me había escondido detrás de un cajón y mi presencia pasó inadvertida. El herrero untó sus manos con la ceniza que cogió de un pequeño fuego y puso las manos de mi amigo detrás de su cabeza; extendió la piel y envolvió con ella el cuerpo de Massandé atando las tiras en la cabeza y en la espalda. Lo levantó en brazos y salió corriendo hacia el lugar de enterramiento. Solo lo acompañaba el tío de Massandé. Era el encargado de comprobar que la sepultura era la adecuada. Al regresar dio fe de que estaba bien sellada con barro.

El dramatismo del momento se alimentaba con los gritos y lamentos que acompañan al tamtan en una precipitada melodía. Las mujeres se revolcaban por el suelo en una especie de ataque convulsivo. Todo terminó cuando regresó el herrero y, después de lavarse manos y brazos, cogió la carne que pendía del árbol y las escudillas del viático. Se marchó dejando atrás la escena del dolor.

2. Mi padre y mi madre

Después de la muerte de mi amigo, quedé tan consternado que no encontraba alegría en nada; no salía ni jugaba con los otros niños; las noches me agrandaban los recuerdos y lloraba dando rienda suelta a mi tortura. A las lagartijas que habíamos cazado entre Massandé y yo, les otorgué la libertad; solo me quedé con una granota que había capturado él y de la que se sentía orgulloso. Para aliviar la soledad del bicho, por la noche, cuando mi abuelo encendía el farol que nos alumbraba dentro, la sacaba de la jaula que entre los dos habíamos fabricado, para que se entretuviese cazando insectos. Observaba cómo, sin mover la cabeza, girando los ojos, descubría un mosquito –su banquete favorito– y se lanzaba en su persecución. Una vez lo engullía, se preparaba para conseguir otro. Así pasaba las horas, hasta que el llanto y el sueño me podían.



Seguía madrugando más que nadie –entre otras cosas, porque era la estación seca y, en cuanto salía el sol, la casa era un horno–; pero ya no daba esos paseos largos que antes tanto me gustaban. Solo aguardaba a que las niñas saliesen para ir a recoger el agua al pozo, que estaba bastante retirado. Aunque no era oficio de niños, yo les ayudaba; me gustaba charlar con ellas, sobre todo con Gochilé. Era algo mayor que yo –calculo que, entonces, yo andaría por los diez años–, muy guapa, alegre y divertida. El rato que estaba a su lado, olvidaba mis penas.

–Cuando crezca –le dije un día en un arranque de sinceridad– nos casaremos.

–Empieza a preparar el ganado, porque valgo mucho –respondió con una buena risotada.

Quedé desconcertado y no supe qué decir, porque yo lo había dicho en serio y parecía que ella se lo tomaba a broma.

Todos los niños salían con el ganado para que pastase en la poca hierba que quedaba hasta que llegasen las lluvias; ese sí era oficio de chicos y lo había hecho más de una vez, pero mi ánimo no estaba para nada y dejaba que mi abuelo se ocupara de todo. Él me amenazaba con decírselo a mi padre para que pusiese remedio a esa cabezonería mía de hacer lo que me daba la gana, pero yo no reaccionaba. Entonces, al igual que siempre que mi abuelo me reñía o tenía algún problema, pensaba en mi madre; en cómo sería todo si ella viviera.

Quienes conocieron a mi madre decían que era muy hermosa, simpática y trabajadora; tanto que mi abuelo tuvo que pagar hasta quince cabras para que su familia accediera al matrimonio con mi padre (lo habitual, a la hora de concer-



tar una boda, era ofrecer ocho o diez animales). Mi tía Bagú, hermana de mi madre, me contaba detalles de su muerte que no me cansaba de oír; aunque el parto fue difícil, la mujer del herrero, que era la partera, consiguió que yo llegase al mundo sano y salvo. Todos se alegraron, y cuando entró mi padre se puso muy contento, besó a mi madre y le agradeció haberle dado un varón. Mientras se complacían viendo lo grande y fuerte que era, mi madre se desangraba. Antes de que la hemorragia acabase con ella, la sacaron afuera. Las mujeres no pueden morir dentro de la casa; si así ocurre, el marido tendrá problemas para encontrar una nueva esposa; el espíritu de la difunta le hará la vida imposible.

Pasados los primeros duelos, todos aconsejaron a mi padre que debía ocuparse de buscar novia. Un hombre joven no debe permanecer sin una mujer que lo acompañe, lo cuide y le dé nuevos hijos. Mi padre, al principio, se mantuvo reacio, pero al final decidió que buscaría nueva compañera. Y lo hizo lejos, en la ciudad.

Al cabo de un tiempo apareció con su nueva mujer. A mí no me gustó; pero no era yo solo, mi abuelo tampoco la quería.

Pronto llegó la primera niña y entonces comenzaron los problemas, porque –según mi tía–, mi madrastra me dejaba a un lado mientras colmaba a la niña de todos los cuidados. Hubo una reunión familiar y decidieron que yo quedaría al cuidado de mi tía Bagú y de mi abuelo, y que mi padre se marcharía. Mi abuelo le dio parte del ganado para que, fuese donde fuese, emprendiera una nueva vida. Así fue como mi padre aterrizó en Poli, la ciudad más

próxima a Kongle. Allí vivía con su nueva mujer y dos hijos (después de la primera niña, llegó un niño).

Una vez a la semana llegaba desde Poli un coche que transportaba personas y mercancías. En la plaza del poblado se formaba un pequeño mercado con las cosas que traían los de la ciudad: cerveza, Coca-Cola y otros refrescos, ropa, medicinas que habían preparado los curanderos, y algunos amuletos para prevenir el mal de ojo y otras desgracias. Los del lugar ofrecían leche, tortas de mijo, gallinas, huevos y, según la estación, algún producto de huerta. La mayor parte del comercio se hacía cambiando unos productos por otros. Para los niños siempre era una fiesta y estábamos atentos a la llegada de la furgoneta que recibíamos con gran jolgorio; la rodeábamos para ser los primeros en ver los artículos y a los posibles visitantes. Menuda sorpresa me llevé aquel día al comprobar que uno de ellos era mi padre. Enseguida comprendí la causa de su visita: mi abuelo le había avisado.

Él me abrazó muy cariñoso y yo le respondí con un simple beso de cumplido. Rápidamente me cogió de la mano y fuimos adonde estaba el abuelo. Lo primero que hizo, cuando estuvimos los tres, fue darme una camiseta que me había traído como regalo. La recibí sin mucho entusiasmo porque estaba convencido de que algo querría a cambio.

Aquella noche, dejé a la lagartija en su jaula porque quería estar muy atento y escuchar la conversación que mantenían mi abuelo y mi padre.

–Diko está muy raro –decía mi abuelo–; desde que murió su amigo, no juega, no sale. Creo que ha llegado el momento de que cambie de lugar. Estoy seguro de que cuan-



do deje de ver los sitios a los que iba con Massandé, se le pasará.

–Tendrás que convencerlo tú; si no –concluía mi padre–, será difícil.

–Yo no quiero que se marche, pero comprendo que le conviene. Además, he pensado que lo de ir a la escuela es una buena decisión.

Yo no respiraba escuchando toda la trama. Sin aguantar, abandoné el camastro y me arrojé en brazos de mi abuelo.

–¡No quiero marcharme, abuelo, no me dejes! –gritaba.

–Tranquilízate, hijo. Comprende que a mí me cuesta la separación; pero tu padre y yo lo hacemos por tu bien. En Poli aprenderás más que aquí.

–Te prometo, abuelo, que a partir de ahora me ocuparé del ganado y del huerto para que tú descanses.

–No es eso, no es por mí por lo que quiero que te marches; junto a tu padre podrás convertirte en un hombre.

Yo seguía llorando y apretando cada vez más su cuello.

–No hagas las cosas más difíciles –razonó mi padre mientras me acariciaba–; vamos a llegar a un acuerdo: ahora te vienes conmigo y, si pasado un tiempo no te gusta la ciudad, vuelves con el abuelo. Yo estaré aquí una semana hasta que venga el nuevo coche; tendremos tiempo de hablar y de pensar las cosas con tranquilidad.

–De acuerdo –respondí conteniendo los sollozos–, pero me tienes que prometer que, si no me gusta, me vuelvo.

–Prometido.

Los dos me besaron. Más tranquilo ya, volví a mi jergón donde el sueño, finalmente, me venció.

